



CAPÍTULO

EL INICIADOR DEL MOVIMIENTO

Capítulo 1 — El iniciador del movimiento

El escueto telegrama que la compañía Western Union hizo llegar a todos los distritos y funcionarios internacionales rotarios motivó a empresarios y profesionales de todo el mundo a hacer una pausa en sus múltiples actividades:

10

HOY FALLECIÓ PAUL HARRIS PUNTO NOTIFICO A TODOS LOS GOBERNADORES Y FUNCIONARIOS REGIONALES SU DECESO Y SU EXPRESO DESEO DE OMITIR EL ENVÍO DE FLORES Y, EN SU LUGAR, EFECTUAR DONACIONES A LA FUNDACIÓN ROTARIA EN HOMENAJE PÓSTUMO A PAUL HARRIS PUNTO SU FUNERAL SERÁ EL JUEVES PUNTO PHIL LOVEJOY.

El anuncio del fallecimiento del fundador de Rotary ponía de relieve no a Paul Harris como individuo, sino su deseo de marcar la diferencia en la vida de los demás, tal como había vivido su vida. Era el 27 de enero de 1947 y el frágil Paul Harris, de 78 años de edad, se había ido serenamente después de una penosa y larga enfermedad, mientras descansaba en Comely Bank, su amada residencia en el sur de Chicago. Su viuda, su hermano, sus numerosos amigos y los rotarios de 6.000 clubes de todo el mundo lamentaron su pérdida.

Los deudos congregados en Morgan Park Congregational Church el 30 de enero de 1947 estaban, indudablemente, entristecidos. Habían perdido a su líder, Paul P. Harris, el fundador de la organización ya conocida como Rotary International.

“Pero Paul Harris no ha muerto —anunció a la congregación Tom A. Warren, de Inglaterra, presidente de Rotary International en 1945-1946—. Su espíritu continúa vivo y presente dondequiera. Está entrelazado en cada fibra de la vida de los hombres. Mientras velamos sus restos mortales, renovamos nuestro voto de dedicar nuestra vida a la interminable labor de servicio que él inspiró y legó a quienes seguramente seguirán sus pasos en los años por venir”.

*Vista panorámica de Wallingford,
Vermont, EE.UU.*

*Al dorso: El equipo de fútbol americano de
la promoción 1889 de la Universidad de
Vermont. Paul Harris, con característico
gesto, sobre el extremo izquierdo.*





PAUL HARRIS,
A LA EDAD DE
TRES AÑOS.

Y sí que siguieron sus pasos. La caravana de dolientes salió a la borrascosa y gélida tarde que cubría la ciudad de Chicago siguiendo el ataúd, cargado en andas por el presidente y todos los ex presidentes vivos del Club Rotario de Chicago. Caminaron enfrentando la borrascosa tormenta de nieve todos los ex presidentes y directores vivos de Rotary International que habían podido arribar a Chicago a tiempo para el funeral. En el Mt. Hope Cemetery, a dos millas de distancia de la iglesia, ofrecieron palabras de consuelo a la viuda de Paul Harris, Jean, y después observaron en solemne silencio mientras el reverendo Hugh S. MacKenzie ordenaba que el féretro fuera descendido a una sencilla tumba. La última morada de los restos mortales de Paul se encontraba cerca de la tumba de Silvester Schiele, su más querido amigo durante 45 años, el hombre que en vida había sido el primer presidente del primer club rotario.

Doce días más tarde, al otro lado del mundo, 300 personas enfrentaron las inclemencias climáticas, el racionamiento de petróleo y un corte masivo de energía eléctrica para asistir a una misa oficiada en memoria de Paul Harris en St. Paul's Cathedral, en Londres. Similares servicios religiosos y seculares, además de homenajes en periódicos y emisoras de radio, se llevaron a cabo en todo el mundo.

Al igual que otros importantes apóstoles de la paz —Mahatma Gandhi, el Dr. Martin Luther King (h), la Madre Teresa, Nelson Mandela—, Paul P. Harris no provenía de un linaje rico y aristocrático, sino de una familia humilde y pobre. Su madre, Cornelia Bryan, nació en Racine, Wisconsin, y creció en el seno de una familia perteneciente a una clase media acomodada. Su padre, abogado de profesión, fue el segundo alcalde de la ciudad. Cornelia contrajo nupcias con George H. Harris en 1864, en el curso de una boda doble donde también se casó la hermana de Cornelia. Poco tiempo después, la pareja dio la bienvenida a su primer hijo, Cecil, seguido el 19 de abril de 1868 por el segundo vástago, a quien llamaron Paul Percy Harris.

Sin embargo, no era éste un idílico retrato familiar. George tenía una personalidad gregaria, y su falta de perspicacia para los negocios y la planificación financiera contrastaba enormemente con la magnitud de sus ideas y sueños. A la deriva entre un trabajo y otro, finalmente se conformó con administrar una

LA CASA DE LOS
ABUELOS DE
PAUL HARRIS EN
WALLINGFORD,
DONDE PAUL
VIVIÓ SU NIÑEZ.



12

farmacia en Racine, la cual había sido adquirida por su ahorrativo padre afincado en Vermont. La joven familia se encontraba bajo una tremenda presión. La familia de Cornelia era bien conocida y gozaba de respeto en el seno de la comunidad. George, un extraño en el medio social de su esposa, debe haber sentido la formidable angustia de tener que proporcionar los medios para mantener a su familia en la ciudad de su esposa, volviendo cada noche a su casa con la certeza del derrumbe gradual de su negocio. “Los asuntos de la familia de mi padre siempre causaban fricción”, recordaría Paul años más tarde.

Cuando George se negó a recibir más ayuda económica de su padre, el negocio fracasó. En 1871, incapaz de mantener a su familia, George tomó a sus dos pequeños hijos consigo (Cecil, de cinco años, y Paul, de tres) y se embarcó en una larga aventura por tren de regreso al pueblo que lo vio nacer, Wallingford, Vermont, que tenía una población de 2.052 habitantes. Dejaba atrás, en Racine, a Cornelia y una hija recién nacida, Nina May.

Uno de los recuerdos más vívidos de Paul es el de esa gélida noche en que descendió del tren en Wallingford y vio por primera vez a sus abuelos paternos. Sobre su abuelo Howard escribió: “La alta figura cobijó mi puño apretado en su cálida y fuerte mano, que era mucho más grande que la de mi padre, con enormes pulgares de los cuales uno podía colgar todo su peso”. Después de caminar casi en silencio la corta distancia que separaba la estación de trenes de la casa del abuelo, arribaron por fin y allí los dos niños pudieron conocer a su abuela paterna, Pamela Harris, “una anciana de ojos oscuros que pesaba unos cuarenta kilos, nunca más, nunca menos”.

El padre de Paul permaneció en Wallingford por un tiempo hasta que decidió seguir su camino, pero Paul vivió el resto de su infancia en el pueblo que ahora se había convertido en su hogar. La educación que Paul recibió durante esos años de formación le demostró que la vida no se mide por lo que se tiene sino por lo que se es; y que la integridad, el espíritu ahorrativo, la tolerancia y la amistad son valores esenciales.

De su abuela, Paul escribió más tarde: “Se ha dicho que los perfumes finos

vienen en frascos pequeños, y mi abuela era, ciertamente, un perfume fino”. En casa de la abuela Paul encontró pulcritud, orden, limpieza, gentileza y atención.

El abuelo Howard Harris le inculcó a Paul la ética del trabajo y la necesidad de ser tolerante. Paul describía al anciano como a un embajador de buena voluntad que “nunca vilipendió el credo religioso o el punto de vista político de nadie”. Fue testigo de cómo su abuelo trabajaba seis días por semana, 52 semanas por año, para mantener a su familia. Observó cómo vestía siempre la misma ropa de trabajo, reparándola cuando era menester; en lugar de adquirir prendas nuevas. Aunque algunos en el pueblo se referían al único judío y al único católico residentes en el pueblo como si fueran algo inusual, Howard Harris los trataba con la misma cordialidad y respeto que mostraba hacia los demás. Paul también aprendió de su abuela. Ella era la persona en cuyos brazos el niño se cobijaba cuando lo acometía el miedo. La abuela tenía la maravillosa cualidad de saber escuchar, era una ferviente feligresa y asidua concurrente a los servicios religiosos, y siempre la primera en socorrer a un vecino enfermo o necesitado con comidas caseras o pastelillos horneados, los cuales Paul gustosamente entregaba.

Paul Harris recordó los aspectos de su vida en “mi valle de Nueva Inglaterra” y hubo muy poco de éste que no exploró durante sus años de infancia. A veces desaparecía durante horas, escalando hasta la cima de una montaña, siguiendo los meandros de un río o pescando en las cristalinas y frías aguas de las lagunas esparcidas por el valle. Hizo muchos amigos en el pueblo, y todos compartían el gusto por la vida al aire libre.

Sin embargo, las valiosas enseñanzas de sus abuelos no le impidieron a Paul comportarse como un muchacho. Supo granjearse y defender con orgullo su reputación de travieso y bromista. Una vez llegó a la iglesia más temprano que los demás y se dedicó a colocar en los asientos alfileres doblados con la punta hacia arriba. Después se sentó junto a sus cómplices en la última fila, para observar cómo los presentes, tras posar su parte posterior en los duros asientos, saltaban cual resortes con miradas angustiadas. La abuela de Paul creía que todos los pecados del mundo se cometían de noche y, ajustándose al sencillo estilo de vida de una granja, hacía cumplir estrictamente a Paul el horario de acostarse a las 9 de la noche. Sin embargo, refiriría más adelante Paul, el hecho de que estuviera acostado a las nueve

de la noche, no significaba que a las diez *todavía* estuviera en la cama... En una ocasión, él y sus amigos —que se llamaban a sí mismos *Rapscallions* (golfos)— escaparon de sus camas para encontrarse en la estación de trenes, donde esperaron la llegada del último tren nocturno a Manchester. Se subieron al rastrillo de acero en la parte delantera de la locomotora y arriesgándose a una muerte segura si caían a las vías (o si el tren atropellaba una vaca), disfrutaron de un trepidante viaje de ida y vuelta.



PAUL HARRIS EN 1891, RECIÉN GRADUADO DE LA FACULTAD DE DERECHO DE LA UNIVERSIDAD DE IOWA.

El abuelo Harris era completamente distinto de Paul. No solía tolerar bromas ni tonterías. Aun así, había depositado grandes esperanzas en Paul. “Un día —lo escuchó decir a un trabajador de la cocina— ese muchacho dejará su marca en el mundo”. Tal vez toda la esperanza invertida en su nieto Paul lo ayudaba a compensar la intensa desilusión que sentía por los fracasos de su propio hijo.

Los archivos sugieren que los padres de Paul no vivieron juntos durante los años siguientes. George Harris reaparecía de tanto en tanto, aprovechando para realizar con sus hijos largas caminatas y expediciones para recolectar bayas. Algunas veces iban a pescar truchas, una de las actividades favoritas de Paul. Pero los encuentros entre padre e hijos eran demasiado infrecuentes y breves como para poder establecer un vínculo emocional sólido.

Los recuerdos de los primeros tres años vividos en Racine se esfumaron rápidamente y de la misma forma se debe haber desvanecido la memoria de la madre. No existe mención en los escritos de Paul sobre cartas o contacto personal entre Racine y Wallingford. Luego, un día cualquiera Paul se cruzó con “la dama más hermosa que jamás hubiera visto” caminando con una niña por la calle principal de Wallingford, minutos después del arribo del tren a la estación. Inmediatamente ella se percató de la presencia de Paul y le preguntó: “¿Eres tú el pequeño Paul Harris?”. Se trataba de su madre y su hermana que habían llegado al pueblo para una visita sorpresa y un intento de reconciliación.



PAUL HARRIS, CADETE DE LA
ACADEMIA MILITAR DE VERMONT.

George y Cornelia se reconciliaron, mudándose con Cecil, Paul y Nina May a Fair Haven, a unas 25 millas de Wallingford. George hizo todo lo que pudo para proveer los medios para mantener a su familia, trabajando por breves períodos en diferentes quehaceres. La madre de Paul daba lecciones de piano a domicilio, por lo tanto ambos padres pasaban largas horas fuera del hogar. Luego de unos pocos meses, durante los cuales los ingresos disminuyeron y la tensión marital se acrecentó, la familia se separó definitivamente. Paul y Cecil regresaron

a Wallingford y a la comodidad, felicidad y seguridad de la vida predecible al lado de sus abuelos.

Nunca más la familia volvería a vivir junta. Tres hijos más nacieron en el curso de los años: Guy, que falleció a los 11 años; Claude, muerto a principios de 1900 mientras prestaba servicio a su patria en Filipinas; y Reginald, quien falleció después que Paul. Los padres de Paul pasaron el resto de sus días en Denver, Colorado, y a pesar de la vergüenza y frustración que Paul sentía por los defectos de su padre, la forma en que éste se comportó años después lo redimiría de todos sus fracasos anteriores. “Mamá estaba terriblemente quebrantada, totalmente ciega y desprotegida y, entonces, se produjo una transformación en tu vida —escribió Paul a su padre—. Cuidaste de mi madre tan amorosamente durante aquellos últimos años, cargándola de la cama a la silla de ruedas. Recuerdo muy bien con qué paciencia le dabas de comer con una cuchara, cuánta atención prestabas a cada una de sus

Paul Harris yace en el cementerio Mt. Hope de Morgan Park, al sur de Chicago. Su lápida está ubicada al lado de la de su íntimo amigo Silvester Schiele, uno de los cuatro primeros rotarios y primer presidente del Club Rotario de Chicago. Veintisiete meses después del entierro de Paul, en abril de 1949, su ataúd se extrajo y colocó al otro lado de la ubicación original. Se desconoce la razón.

palabras y cómo te convertiste en su esclavo”. Cornelia Harris falleció en su casa de Denver el 22 de julio de 1919; George la siguió en 1926. Ambos están enterrados en Mt. Greenwood Cemetery, en el sur de Chicago.

Habiendo sido testigo del fracaso de su único hijo tanto en sus negocios como en su vida personal, Howard Harris estaba decidido a no dejar que Paul siguiera el mismo camino. Se dio cuenta de que la educación era esencial para obtener una buena carrera, pero para su nieto, la escuela constituía una molestia que interfería con la pesca y otros placeres de la adolescencia. Desde el punto de vista académico, Paul era, a lo sumo, un estudiante promedio. Le hubiera parecido increíble que en ese momento alguien vaticinara que en el futuro compraría la Wallingford Schoolhouse para albergar la escuela que llevaría su nombre.

Con el paso de los años, Howard Harris, sintió la imperiosa obligación de proporcionarle buenos estudios a Paul. Se percató de que sus padres no eran capaces de prepararlo para enfrentar los avatares del mundo, que dependía sólo de él que Paul adquiriera las aptitudes necesarias para establecer una carrera exitosa. Envío a Paul a Black River Academy, en Ludlow, Vermont, pero pronto descubrió que la afición del joven por las bromas no gozaba de mayor aceptación en dicha institución educativa. En sólo pocas semanas, “el rector de la academia hizo un inventario de mis cualidades y malos hábitos y llegó a la conclusión de que dichas cualidades no eran lo suficientemente meritorias como para justificar cualquier intento de salvación”, escribió Paul en 1925. Ante la obvia desesperación de sus abuelos, Paul fue expulsado de la academia.

Enviaron a Paul a otra escuela privada, Vermont Military Academy, y esta vez logró buenas notas tanto en sus estudios como en su comportamiento. En 1886, logró su admisión a la Universidad de Vermont, pero 18 meses más tarde, erróneamente lo acusaron de conducta inmoral y lo expulsaron. Muchos años después, las autoridades de la universidad se disculparon y absolvieron a Paul, confiéndole en 1919 una licenciatura en educación física y un doctorado *honoris causa* en 1933. Posteriormente, Paul ingresó a la prestigiosa Universidad de Princeton, en New Jersey y, aunque se encontraba muy lejos de sus amigos y de su amado valle en Vermont, disfrutó de la vida universitaria y se desempeñó muy bien a nivel académico.

Entonces, un día invernal de 1889, recibió un telegrama de su tío George, médico que vivía en Rutland, Vermont, en el cual decía: REGRESA A CASA

“Mientras haya un niño que sufra hambre, un hombre sumido en la ignorancia, un joven desalentado, mientras existan malentendidos o conflictos en cualquier parte del mundo, mientras haya un amigo con el que aun no nos hayamos encontrado, seguirá habiendo motivos para que exista Rotary”.

—Richard L. Evans, Salt Lake City, Utah, EE.UU.

presidente de RI, 1966-1967

16

INMEDIATAMENTE SI DESEAS VER VIVO AL ABUELO. Paul acudió de inmediato a la estación y tomó el primer tren con rumbo al norte, pero llegó demasiado tarde. El único ejemplo masculino positivo que Paul había tenido en su vida falleció esa misma noche. Fue a Paul a quien la abuela le pidió que se sentara a su lado durante el funeral y fue Paul quien sintió la necesidad, cuando regresó a Princeton, de completar el año y luego volver a Wallingford para acompañar a la abuela. La vida de Paul, de repente, carecía de rumbo fijo. Aceptó un humilde puesto de limpiador y deshollinador en Sheldon Marble Company, en la vecina localidad de Rutland, donde los valores éticos inculcados por su abuelo hicieron que lo asignaran a tareas más importantes. Fue un año dedicado al duelo, a los recuerdos y a meditar sobre el futuro.

Paul recordaba las veces en que se sentó a cenar mientras Howard hablaba con entusiasmo sobre un abogado del área llamado Lawyer Lawrence, quien había sido propuesto para desempeñar el cargo de juez. Aunque las cuestiones políticas no se discutían con frecuencia en la familia Harris, Howard —quien nunca había contratado los servicios de un abogado en su vida— afirmó que sabía todo lo que necesitaba saber sobre Lawyer Lawrence: tenía integridad, siempre estaba interesado en la justicia y, dondequiera que hiciera acto de presencia, contaba con el respeto de jueces y jurados por igual. Mucho antes de que Paul tomara una decisión consciente sobre la carrera a seguir, la conversación del abuelo le dejó entrever que la abogacía era una profesión a la que valía la pena dedicarse.

Un día, después de regresar de Sheldon Marble Company, su abuela, para entonces ya anciana y frágil, le pidió que se sentara a su lado. Comenzó a recordar los 60 años que estuvo casada con Howard y los tres hijos que habían perdido. Luego cambió el objeto de la conversación hacia Paul, a quien había recibido siendo un pequeño asustadizo y lo había criado hasta convertirlo en un joven alto y bien parecido. “Paul, a veces me pregunto si te das cuenta de todo lo que significabas para tu abuelo —dijo—. A veces, le parecía que su vida había sido un fracaso. Había puesto muchas esperanzas en tu padre. Gastó mucho dinero en su educación y la desilusión casi le rompe el corazón. Y luego llegaste providencialmente y el abuelo depositó en ti todas sus ilusiones. Paul, no debes fallarle. Trabaja con ahínco y vive con dignidad en honor a su memoria”.

Si alguna vez Paul escuchó un discurso motivador, fue éste. Su abuela lo exhortó a que persiguiera su sueño de estudiar derecho. Trece meses más tarde, su adorada abuela falleció serenamente mientras dormía.

En 1889, Paul decidió ingresar a la facultad de derecho de la Universidad de Iowa en Des Moines, y para llegar a esa ciudad debió hacer transbordo en la estación ferroviaria de Chicago. Quedó tan hipnotizado por la enorme y caótica metrópoli

que decidió quedarse por una semana allí. Chicago tenía todavía los rasgos característicos de una ciudad de frontera. Por sus fangosas calles se desplazaban lujosos carruajes con damas elegantemente ataviadas camino a los emporios comerciales; vagones abiertos movilizaban materiales de construcción en medio del fragor de la reconstrucción que afloró después del Gran Incendio de Chicago. Este cataclismo, ocurrido en 1871, había destruido más de seis kilómetros cuadrados de la ciudad, incluido el distrito financiero, dejando sin vivienda a 90.000 personas. Debido a la escasa oferta y la enorme demanda de locales para oficinas, se produjo un alza exorbitante del precio de los terrenos. Como era demasiado costoso construir en la dimensión tradicional —o sea, en forma horizontal—, el arquitecto chicaguense William L. Jenney diseñó en 1884 los planos para la construcción del primer rascacielos del mundo, en la esquina de las calles LaSalle y Adams. La idea fue rápidamente emulada por otros y muy pronto la construcción de doce pisos de Jenney (Home Insurance Building) fue superada por rascacielos aún más altos. En 1893 el edificio Monadnock Building, de 16 pisos, se convirtió en el edificio de oficinas con muros de carga más alto del mundo.

El joven giró hacia un lado y vio las vidrieras llenas de mercancía importada, giró en otra dirección y escuchó los gritos de invitación a los bares y burdeles que había en cada calle de la ciudad, que se había convertido en cobijo de inmigrantes de todas las razas y nacionalidades con acentos intensos y exóticos de todos los confines del mundo. A este joven criado bajo la cariñosa protección de los abuelos, la ciudad parecía un gran circo, una verdadera aventura que, ahora, tenía toda la libertad para explorar a sus anchas.

Después de su parada en Chicago, continuó hacia Iowa, donde durante el primer año estudió derecho en la universidad y trabajó como empleado administrativo en el bufete de los abogados St. John, Stevenson y Whisenand, en Des Moines. Después se mudó al campus universitario de la ciudad de Iowa, donde obtuvo su diploma en derecho en junio de 1891. Había sido un buen estudiante, aunque sin sobresalir, afirmando años después que el beneficio más importante que obtuvo de su experiencia como estudiante universitario fue la relación de amistad que estableció con otros estudiantes, con quienes con el correr de los años se puso en contacto una y otra vez en procura del crecimiento de Rotary.

En la ceremonia de graduación, el discurso de fondo estuvo a cargo de un prestigioso abogado, graduado de la misma universidad diez años antes, quien exhortó a cada uno de los inminentes colegas, a no apresurarse y evitar ingresar inmediatamente en un bufete de abogados conocido, sino a recalar primero en cualquier ciudad pequeña y cometer todos los errores posibles durante unos cinco años, y recién después establecerse en la ciudad, elegir una especialidad y forjarse



LA ESCUELA DE PAUL HARRIS, EN WALLINGFORD, HA SIDO TRANSFORMADA EN MONUMENTO A SU MEMORIA. SU ABUELO CONSTRUYÓ LA ESCUELA.

una carrera. Este consejo a Paul le sonó como música celestial. El orador estaba diciéndole que primero se divertiera... Paul sólo tenía que hacer un único cambio en sus planes: esta idea disparatada de pasarla bien durante cinco años no tendría lugar en un pueblucho: sería más bien una aventura de primera clase. Y entonces comenzó uno de los períodos más estimulantes e influyentes de la vida de Paul Harris.

Dispuesto a descubrir el mundo, Paul siguió el camino marcado por los exploradores americanos en una incursión de caza y pesca hacia la región noroeste de Estados Unidos. Pronto se quedó sin dinero y cambió el rumbo hacia San Francisco, donde consiguió un trabajo de reportero en el periódico *Chronicle*. Ni bien se abultaron sus bolsillos nuevamente, comenzó a recorrer los verdes campos californianos, trabajando como jornalero recogiendo frutas en las granjas. En Los Ángeles consiguió un puesto de maestro en Los Angeles Business College (Escuela de Administración de Empresas de Los Ángeles); nueve meses más tarde, se mudó a Colorado, donde trabajó como actor en el Old Fifteenth Street Theater, luego nuevamente como reportero en un periódico local y después como vaquero en un rancho dedicado a la cría de animales.

18 Cansado de la vida en las montañas, volvió a sus correrías hasta llegar a Jacksonville, Florida, donde encontró trabajo en el Hotel St. James como recepcionista nocturno. Fue allí que conoció a George W. Clark, un negociante de mármol y granito, quien se convertiría en su gran amigo. Pronto Clark convenció a Harris —quien tenía experiencia previa por haber trabajado en Sheldon Marble Company, en Vermont— de que trabajara para él como vendedor. Sin embargo, a pesar de la amistad que los unía, Paul deseaba continuar su gran aventura y no quería ataduras. Y así fue que recorrió Washington, D.C., Kentucky y Pennsylvania, desempeñando cualquier tipo de trabajo que se le pusiera por delante con el único objetivo de vivir la intensa experiencia de descubrir gente y lugares, y el propósito de la vida.

Estando en Philadelphia, vio un aviso en el periódico en que se buscaban tripulantes para un buque de carga con ganado a punto de levar anclas hacia Inglaterra. ¡Inglaterra! ¡La tierra de sus sueños de infancia! El hogar de Dickens y Shakespeare. Solicitó un puesto en el barco ante la compañía naviera y antes del amanecer del siguiente día había sido contratado y estaba en camino hacia Inglaterra.

Fue una experiencia espantosa. El barco estaba sucio, el mar turbulento. Las condiciones de higiene y la comida para los tripulantes no eran mejores que para el ganado. Peor todavía: cuando el barco atracó en Liverpool 14 días más tarde, Paul sólo pudo vagar unas pocas horas por los siniestros muelles antes de abordar nuevamente el barco para la travesía de regreso. Aún así, a pesar de las pésimas condiciones —en el barco ni siquiera había colchones o utensilios para comer— Paul consideró esta experiencia como parte de su aventura. “Los viajes son un buen correctivo para la estrechez mental, siempre y cuando el viajero deje de lado sus prejuicios —escribió—. Las personas verán lo que quieren ver: la fealdad o la hermosura. Si están a la búsqueda de cosas que condenar, las encontrarán a montones y regresarán del viaje con más prejuicios y arrogancia que nunca”.

Tan pronto como regresó de ese primer viaje buscó enrolarse en otro barco. Pronto encontró uno a punto de zarpar hacia Londres y donde las condiciones de trabajo eran mucho mejores. Finalmente logró recalar en la capital británica y los pocos días que pasó allí constituyeron uno de los períodos más felices de su vida.

El mismo día que Paul Harris volvió a Estados Unidos en 1893, abordó un tren hacia Chicago para ver la Feria Mundial. La “ciudad de los vientos” había ganado la contienda con todas las demás ciudades para tener el honor de constituirse

en la sede de la World's Columbian Exposition (Exposición Mundial Colombina), con la cual se celebraban los 400 años (aunque todavía faltaba un año para que se cumplieran) de la llegada de Cristóbal Colón a América. Muchas cosas habían cambiado en la ciudad desde que Paul la visitara por primera vez, y se notaba por doquier la carga de entusiasmo y orgullo cívico hacia una ciudad rebosante de turistas provenientes de todos los estados del país y de numerosas naciones. Hasta se colocaron carteles promoviendo la exposición en las estaciones de trenes de toda Europa, y los visitantes —27 millones de personas concurren entre mayo y septiembre— quedaron fascinados con las invenciones más recientes, tales como senderos móviles, las primeras vías ferroviarias elevadas construidas en el mundo, la primera Ferris Wheel (Rueda de Chicago) y exhibiciones o pabellones de exhibición de 52 países diferentes. Fue durante esta breve visita a Chicago que Paul decidió que en esta ciudad emprendería su carrera de abogado una vez que pusiera punto final a sus años de vagabundeo.

Y después continuó viajando, primero a New Orleans, a la cual describió como la ciudad más fascinante de EE.UU. Por un tiempo trabajó recolectando naranjas en Plaquemine Parish y fue allí que el 1 de octubre de 1893 una imprevista tempestad se abatió sobre la región. A las siete de la tarde, una marejada inundó la plantación, enclavada en terrenos bajos, destruyendo construcciones y arrasando gente en su camino. Paul y sus ayudantes rescataron a varias mujeres y niños cargándolos a través de la impetuosa corriente en crecida e infestada de víboras. Con la llegada del sol, las autoridades declararon que “la tormenta del siglo” había reclamado las vidas de entre 1.200 a 1.500 personas. “A pesar del paso de los años —escribió Paul décadas más tarde— el sufrimiento y el horror de esa noche permanecen todavía en mi memoria”.

Se encontraba a mitad del camino de sus cinco años de aventura y se percató de que ya era hora de empezar a ahorrar dinero para su mudanza a Chicago. Paul regresó a Jacksonville, donde su amigo George Clark le dio la bienvenida con un empleo como vendedor de mármol y granito. Era el puesto perfecto para Paul por varias razones: disfrutaba de la compañía de su empleador y mentor, el salario era bueno y el trabajo presentaba numerosas oportunidades para viajar. En sus viajes cubrió los estados del sur del país, las Bahamas y Cuba. Un año después, consciente de los recuerdos y el afecto que Paul profesaba hacia Londres, Clark lo envió en un largo viaje de compras que se extendió desde Escocia hasta Italia. Durante los siguientes dos años y medio, la relación de amistad entre los dos hombres continuó profundizándose.

George, motivado por las ganancias que Paul había conseguido para la compañía, le ofreció la oportunidad de convertirse en socio. Pero Paul ya había anunciado que el plazo de cinco años había llegado a su fin y que había llegado el momento de marcharse. George le rogó que se quedara, prometiéndole que ganaría mucho más dinero si continuaban trabajando juntos, pero Paul replicó: “No me marché a Chicago para hacer dinero, me marché para construir mi vida”. Luego de hacerle a George el último favor de mudarse a Nueva York para resolver algunos problemas que se habían presentado en las oficinas de esa ciudad, Paul H. Harris, a punto de cumplir 28 años, se dirigió a Chicago el 27 de febrero de 1896.

Durante sus cinco años de vagabundeo había conocido el hambre, el frío y la soledad. Había aprendido a sobrevivir dependiendo solamente de sus propios recursos. Se había visto en la necesidad de usar su sentido del humor, su capacidad intelectual y sus propias manos para sobrevivir. Había visto a desconocidos realizar



20

PAUL HARRIS, A LOS 28 AÑOS,
EDAD A LA QUE COMENZÓ A
PRACTICAR LA ABOGACÍA EN CHICAGO.

extraordinarios actos de bondad y a otros traicionar y robar con tal de triunfar. En la vorágine de la maldad había entrevisto la bondad; había aprendido que las personas no cosechan en la vida más de lo que sembraron. Había adquirido una visión más clara y un mejor entendimiento sobre los seres humanos. Ahora veía el mundo como un espacio con muchas culturas, un lugar donde hacía falta más comprensión, no un lugar para ser observado desde las alturas del aislamiento. Los pasados cinco años habían constituido una increíble travesía, pero el momento de la seriedad había llegado.

En la mañana de su arribo a Chicago, el *Chicago Tribune* estaba respondiendo a los ataques del *New York Sun* acerca de la rampante corrupción política que permeaba todos

los estamentos de la sociedad chicaguense. El elenco de la London Lyceum Company, encabezado por Henry Irving y Helen Terry, daba funciones en el Columbia Theater; había “funciones permanentes de vodevil en el Olympic, con el precio de las butacas a diez, veinte y treinta centavos” y la Hub Store anunciaba el precio de sus abrigos de primavera a 5, 6,25 y 8 dólares.

Paul alquiló una pequeña oficina ubicada cerca de las calles Lake y Dearborn y obtuvo la licencia requerida para practicar la abogacía en Illinois. Inmediatamente descubrió que ser abogado y vivir de la profesión no eran exactamente sinónimos. Como él mismo reconocería más tarde, “colocar en la puerta la placa de abogado era fácil, y aunque al principio no esperaba atraer muchos clientes, lo que nunca pensé es que iba a pasar totalmente desapercibido”. Chicago estaba sumergida en la profunda recesión económica que siguió a la fiebre de la construcción desatada por la Feria Mundial y al éxodo masivo de los negocios después de la clausura. Todavía la ciudad conservaba la mentalidad pionera que la caracterizaba, sujeta a las reglas de “la supervivencia de los más fuertes” y del *caveat emptor*. Casi no existían las regulaciones de protección al consumidor, y Paul lentamente construyó su reputación como abogado representando en los tribunales a las víctimas de fraude, bancarrota y desfalcos. La actitud empresarial de *laissez-faire* (“todo está permitido”) probablemente ayudó a la campaña que iniciaría años más tarde en favor de una conducta ética en el campo comercial.

Participó activamente en la Cámara de Comercio y en la Asociación de Abogados de Chicago y, con el correr de los años, suscribió alianzas con varios socios. Uno de ellos fue Fred Reinhardt, quien se refirió a su sociedad de 28 años con Paul en estos términos: “Nunca, en el curso de todos esos años, se le levantó la voz a nadie que trabajara en la oficina”. Harris promovió su creencia de que ningún abogado tiene el derecho de ejercer la abogacía a menos que esté mentalmente preparado para estudiar y analizar concienzudamente cada caso que acepte defender. De todos los

socios del bufete, era el más paciente pero también el más minucioso.

Aunque dedicaba muchas horas a desarrollar su vida profesional, se dio cuenta de que la gran ciudad era terreno yermo para cultivar las amistades de índole personal. Observó que la gente estaba obsesionada por la avaricia, el egoísmo y la competencia feroz. Se sentía cada vez más aislado, desesperadamente solo, un muchacho de pueblo arrojado en medio de una metrópoli impersonal e indiferente. Frecuentaba los restaurantes bohemios de Chicago, eligiendo todas las noches un restaurante étnico diferente para cenar. Su modo inquisitivo de ver la vida le ayudó a escapar de la competencia despiadada que imperaba en la ciudad y conocer más ampliamente las culturas de la India, Bulgaria, Italia, Alemania, Grecia y China. Su restaurante favorito era el Madame Galli's Italian Restaurant, emplazado sobre la Illinois Street. Este restaurante no sólo era el predilecto de Paul, también era lugar de elección del mundialmente famoso tenor Enrico Caruso. Una noche, la propietaria del lugar le dijo al astro máximo de la ópera: "Signore, daría cualquier cosa por cantar como lo hace usted", a lo que Caruso replicó: "Y yo daría cualquier cosa, señora, por cocinar espaguetis como usted".

Los domingos Paul concurría a la iglesia; cualquier templo le venía bien, ya que no sentía predilección por una religión específica. Una semana iba a una iglesia presbiteriana, la siguiente se aparecía en una sinagoga, después participaba en una reunión de los cuáqueros o asistía a una mezquita musulmana. Era el comportamiento típico de Paul Harris, ansioso por adentrarse en los vericuetos de la naturaleza humana. A menudo realizaba caminatas por los parques, o largas excursiones por el campo, regresando bien entrada la noche a la soledad de su habitación de alquiler. Varios años después, reflexionando sobre esos días, escribió: "Me sentía espantosamente solo. Sopesé la posibilidad de aumentar el número de conocidos haciendo nuevas amistades con hombres que llegaban a Chicago provenientes de granjas y pequeños pueblos y que conocían el valor de la amistad y la cualidad propia del buen vecino... Oh, [cómo extrañaba] los verdes campos de mi valle de Nueva Inglaterra y la voz de mis viejos amigos". Paul tenía conocidos, pero no verdaderos amigos. Por ello, adquiriría connotaciones tan significativas la placa que colgaba en una de las paredes de su oficina, con una frase de Ralph Waldo Emerson, su poeta favorito: "Aquel que tiene miles de amigos, no tiene ni siquiera un amigo".

"Yo no tenía ni uno ni miles", admitiría con un dejo de tristeza.

Una tarde de otoño del año 1900, se produjo un acontecimiento que marcaría para siempre la vida de Paul. Otro abogado, Bob Frank, invitó a Paul a cenar en su casa, en el barrio de Rogers Park, en el norte de la ciudad. Luego de la cena, Frank sugirió una caminata por el barrio, durante la cual se detuvieron en varios negocios.

En contraste con la brusquedad e indiferencia características de los hombres de negocios del centro de la ciudad, Paul observó cómo los tenderos del barrio saludaban a Frank con una sonrisa y un apretón de manos. En la tienda de comestibles, en la de refrescos, en el quiosco de periódicos, los dueños de los negocios y Frank se conocían por sus nombres de pila. Resultaba obvio que hacían negocios debido a un sentimiento de mutua confianza y amistad.

Esa sencilla caminata realizada una tarde cualquiera volvería a la mente de Paul Harris miles de veces en el transcurso de los siguientes cinco años. Finalmente, había encontrado un oasis en el podían forjarse vínculos comerciales y de amistad entre personas que no se conocían, y en el que Wallingford y Chicago tenían algo en común. En la mente fecunda de Paul Percy Harris había sido plantada una semilla.